

UNA CARTA INESPERADA

Por Dionisos Dimorfos

“El amor es la compensación de la muerte.”

(Arthur Schopenhauer)

Querido amigo:

He aguardado este momento con impaciencia; pues, desde aquella pequeña cita que tuvimos, he ansiado el instante de departir estas palabras contigo.

¿Recuerdas?

Saliste del quirófano y yo fui la primera que te visitó, pero no me anhelabas a mí, sólo la querías a ella: ¡esperabas a Ellen! ¡Me rechazaste! Sí, me sentí herida, ofendida y, sin embargo, me sabía ganadora porque tenía la certeza de que nos volveríamos a ver y entonces... entonces serías mío.

Ayer te estuve observando: te vi frente a la casa de Ellen. Como siempre, la esperabas. También sé que ella no salió, desde hace un tiempo no lo hacía y ya nunca más lo hará. Sé que te aferras a una última ilusión: que ella vuelva a tus brazos de nuevo. Sin embargo, han pasado ya dos largos meses en los que no recibiste respuesta a tus llamadas y mensajes. Más de sesenta días sin tener una conversación con ella, sin oír una palabra saliendo de sus dulces labios, narrada por su suave y tierna voz.

A pesar de todo, sigues esperando cada día delante de su casa: camino del trabajo paras el coche en el lugar donde solías hacerlo y la esperas aspirando un último cigarrillo. Siempre un último cigarro. Todo tal y como lo hacías cuando antaño quedabais y ella se retrasaba. Apuras el pitillo, enciendes el motor del coche y tras echar un último vistazo hacia su ventana, la más alta, la más lejana, aceleras y partes hacia la vacía monotonía en que se ha convertido tu vida. Siempre aguardando con ansias la mañana del día siguiente, albergando la esperanza de volver a verla.

Pero ahora todo ha cambiado.

Debes saber, amigo mío, que pronto la verás. Puede que incluso antes de lo que imaginas. Quizás leas estas líneas preguntándote quién puedo ser, por qué sé tanto de ti o por qué me intereso por tu triste y melancólica vida. Es posible que todavía te sientas algo aturdido por el fuerte golpe que recibiste en aquel fatídico accidente. O a lo mejor es ahora, en este preciso instante, cuando aprecias que has tenido un percance con el coche. ¿Crees que lo revives? ¿Qué son los recuerdos cuando no te queda nada? ¡Sí! Te mantienen ahí, pero no avanzas, sólo recuerdas. Tu vida es ahora una rueda que gira y gira; pero, ¿por qué?

Te observo mientras buscas desesperadamente con la mirada algo que verifique o ponga orden a tus confusos pensamientos. Por fin lo localizas y tus aterrados ojos se posan sobre un coche envuelto en llamas en el fondo del acantilado. Notas el calor del fuego y una mueca de terror y espanto se dibuja en tu rostro cuando descubres que, sin duda alguna, es tu viejo vehículo el que arde. En su interior una silueta humana, que desde el principio se te hizo extrañamente familiar, comienza a dibujarse hasta hacerse completamente nítida. Ahogas un grito y te das cuenta de que no estás leyendo mi carta

en papel alguno. Te encuentras solo, sólo con tus recuerdos. Ni siquiera puedes pensar o reflexionar, sólo recordar.

¡Revive lo que es la MUERTE!

La verdad es que me divierto descubriendo tus gestos de asombro y horror. Sin embargo, no es momento de diversiones: estas líneas que estas leyendo las voy escribiendo en tu mente desde el mismo instante en que expiraste. He decidido referirme a ti, explicarte y acompañarte hacia la luz donde nada existe y de donde todo procede, porque tu ahínco por volver a ver a Ellen me ha impresionado. Siempre me ha emocionado esta cualidad humana, irónicamente jamás la entenderé. Eterna es y será la duda que me corroe.

Pronto la verás. Sí; sólo tienes que seguir la senda luminosa que os guía, a vosotros humanos, desde vuestro nacimiento y a lo largo de vuestras vidas. Sigue la luz entre las tinieblas, huyendo de la sombra y al final del oscuro túnel hallarás la calma, encontrarás a Ellen y explorarás cuanto de eterno tiene el amor en el lugar que no existe y en el que nada es. Solo con tus recuerdos, sin sufrimiento; descansa en paz.

Atentamente, La Muerte.